

Colores

Rayda Guzmán

Abrí los ojos un día muy de mañana, miré por la ventana y me sedujo el azul incipiente de Monserrat, la montaña mágica, también le pillé unos dorados que le robaba al cielo y le dejé hacerse con sus grises de costumbre: imaginé un mundo sin colores.

No se trataba de descartar los azules del cielo o del envase del Danone, ni de del amarillo de los ojos de los gatos. Un mundo sin colores pensado como si se tratara de un mundo sin profundidades, sin tonos, sin volumen y sin magia. El ejercicio me podría traer algunas consecuencias interesantes, como sacarle los colores a las cosas y dejarlas iguales al mundo de la televisión de los sesenta; e imagino un Van Gogh en blanco y negro y sé que Picasso lo tendrá más fácil. Ahora bien, cuando digo sin colores quiero decir sin colores, de ningún tipo. La vía del mundo transparente no me seduce como exploración poética, así como tampoco me resulta interesante el mundo que a Sábato tanto conmocionó. Abandono la suposición por pobre y aberrada.

Sigo contemplando a Monserrat, sigo seducida por sus formas caprichosas, agujas que apuntan como dedos cogidos de un cielo que no los suelta: ¡son los tonos, el claroscuro de la montaña, las transformaciones que este permite!

Ahora me permito imaginar un mundo con colores pero sin tonos, ni sombras ni modo de poder diferenciar la montaña de la mañana, de la montaña de la tarde, sin manera de acceder a su encanto. Los tonos me dejan ver el bosque de otoño retratado en todos los oros y ocres anaranjados del mundo, pero sin tonos no puedo sino ver un extraño vitral, mal recortado de la realidad. El mundo se vuelve plano y frío, pierdo el ánimo. Porque el color es ánimo, es altibajos, es impresión y cadencia. Me vuelvo hacia mi gata y la veo sobre el edredon de color malva y verde musgo, descubro que muy sutilmente sus orejas son malva, las rayas entre negras—marrones—beiges—ocres cambian cuando está sobre la cama y quieren ser verde musgo, el animal se confunde, se funde en su paz particular y me mira, pestañeando lentamente con sus ojos de gata inmediata. Sin tonos no hay gato, ni mirada solaz que soltar.

Y los tonos con sus sombras que me han cogido hacia el terreno del ánimo, me llevan al terreno de Cronos, que implacable engulle a los colores como a sus hijos y me señala, que esa montaña de la mañana, no volverá y que será sustituida para siempre por la montaña de la tarde que me regalará a su vez un atardecer único. El hecho de saber que cada atardecer es único me consuela, como lo es cada amanecer de esa montaña. Cada mirada de mi gata es un regalo de un segundo o menos, que acaso no puedo percibir, y coincido conmigo misma en que imaginar un mundo sin colores tiene menos gracia que imaginar uno sin ánimos, ni tonos, sin tiempo ni cambio, sin presente inaprensible y repleto de pasados inmediatos.

Hasta ahora, ninguna teoría de los colores se había aproximado tan cerca al verdadero color, al sentido del color, porque sin color no hay sentido, porque no hay mundo y sólo quedaría el aburrimiento de un presente simple, sin subjuntivo ni voz pasiva.

¡Acabo de despertar de un desvaído y pavoroso sueño!